



LA ISIS DORADA

Jorge Magano

431 pág. – 16,50 euros

Jorge Magano es licenciado en Historia del Arte y ha participado activamente en conferencias, cursos, ciclos y botellones celebrados en la Universidad Complutense de Madrid. Amante de lo bello y lo polvoriento, es frecuente verlo en yacimientos y excavaciones arqueológicas como la de Gotor (Zaragoza). En 1997 creó al personaje de Jaime Azcárate, y desde entonces ha visitado países como Italia, Grecia, Egipto, Noruega y Estados Unidos en busca de ideas y argumentos para sus novelas.

Durante dos años fue guionista y colaborador del programa de radio *Cine M80* en M80 radio. Actualmente compagina su labor en el Museo Thyssen Bornesmiza con la dirección del espacio *BSO* en la emisora on line Radiocine. Además presenta la sección “Lugares con encanto” en el programa *El Dancepertador* de Fórmula Hit. En 1997 se le apareció en sueños Jaime Azcárate, el protagonista de esta novela, que lo abordó con las siguientes palabras: “No me cuentes tu vida; cuenta la mía”. Y en eso anda.

El autor

Jorge Magano se calza el traje de explorador a lo Indiana Jones y, sin salir de Madrid, nos transporta hasta los dorados tiempos del antiguo Egipto, sin olvidar cómo los dogmas de fe de las religiones –cualquiera que sean sus dioses– marcan las vidas de quienes creen en ellas a pie juntillas.

Sin desmayo enlaza una historia del ayer con la de nuestros días mostrando, al desnudo, lo fácil que es colgarse de cualquier fanatismo cuando alguien quiere comprar lo que le están vendiendo.

El cariz que toman los acontecimientos, con muertos que quedan en la cuneta y con posibilidades de que haya más, es relatado a ritmo trepidante como el de las novelas de aventuras (de las que está enamorado el protagonista, Jaime Azcárate).

La historia es una sucesión de fotogramas en los que van apareciendo personajes y secretos que, en continuo entrecruzado, figonean por las entrañas de Madrid y se enfrentan a los temibles peligros que todo gran tesoro lleva consigo. El desenlace, al mejor estilo de las grandes superproducciones cinematográficas, empalma sorpresas y, aunque cierra el círculo, deja la puerta abierta para que, ¿en una nueva entrega?, Jaime Azcárate nos arrastre hasta las catacumbas romanas o los cimientos de las torres KIO.

La trepidante aventura de un becario

Jaime Azcárate quiso estudiar periodismo pero, aconsejado u obligado, hizo Historia del Arte. Al terminar la carrera viaja a Egipto, el país de su vida, y a su regreso consigue un trabajo en la televisión local como documentalista y redactor en el programa *Madrid misterioso*. La serie funciona bien, se emancipa y piensa que ha tocado el cielo. Todo lo que sube tiende a bajar y, cuando menos lo espera, suspenden el programa. Aunque era lo último que hubiera querido, su padre toca los palillos de rigor encontrándole un puesto de becario en la biblioteca del CIH (Centro de Investigaciones Históricas).

No le gusta su trabajo, no le gusta su jefa y no le gusta su sueldo. Él es un aventurero de los de toda la vida; sus héroes, Howard Carter, Allan Quatermain, Tintín, Indiana Jones y muchos otros, además de los escritores que narraron las hazañas de algunos de ellos.

A pesar de que su trabajo se desarrolla bajo tierra, en la planta 10 se encuentra la redacción de *Arcadia* y la directora es una antigua amiga con la que había quedado fatal cuando salió de estampida. Aun así está dispuesto a pasar por el aro con tal de poder trabajar en la revista de divulgación científica. A trancas y barrancas consigue que la directora le encargue «un pedazo de reportaje». A partir de ese momento a Jaime Azcárate le cambia la vida. Pero no está solo: se cruza, entre otros, con Ana, estudiante de criminología y redactora en la web *Alucina Pepinillos*; Buenaventura, detective sin licencia que termina asesinado; Raymond, nombre falso de un policía que investiga sin permiso de sus superiores; Ingrid, periodista austriaca que ha huido de los millones de su padre y de una boda impuesta; Antonio Miguel Galán, marchante de arte; Susana Palomeras, historiadora, y Fidel, filocomunista en pos de la revolución pendiente.

Intolerancias y fanatismos religiosos

Un día la imagen de la Almudena aparece pintada de rojo y con un cartel que reza: «Muerte a la impostora». En paralelo, las tiendas de reproducciones egipcias son asaltadas, destrozados los dioses y pintadas sus paredes con un: «¡Paganos fuera!».

Mientras una banda de matones colombianos –que se reúne en un bar de ecuatorianos– trapichea con obras de arte, un grupúsculo de adoradores de los dioses egipcios se santiguan, con el sinsentido que eso supone, en la capilla del templo de Debod donde Isis dio a luz a Horus.

A Jaime le cuesta creer que ahora, veinte siglos después, esté ocurriendo lo mismo que en el pasado solo que utilizando piedras, pistolas y sprays en lugar de mazas, lanzas y flechas. Pero está dispuesto a desentrañar el fenómeno sin reparar en que lo que parece un juego es una trampa peligrosa.

Un misterio y una lucha sin cuartel por la supremacía religiosa

En el año 522 de la Era Cristiana, en la Baja Nubia, el emperador Justiniano –a la cabeza de un gran ejército– aniquila los ritos griegos y egipcios y con ello a sus sacerdotes y viejos dioses. Un grupo de hombres, con Takeloth, sacerdote de Filé, al frente, dejan atrás el templo llevando sobre los elefantes los ídolos rescatados de la furia cristiana. Entre ellos figura la Gran Isis, imagen forjada en oro y el tesoro con mayúsculas del templo de Filé, el único pagano que había sobrevivido al edicto de Teodosio el Grande (en 391), en el que prohibía los cultos heréticos en todo el territorio imperial. La comitiva, enfrentándose a las emboscadas de los cristianos y perdiendo a algún que otro blemio, se dirige a la cueva secreta donde protegerán a sus ídolos el resto de sus días, y con sus vidas, si fuera necesario.

El guardián del secreto

En 1970, tras once días de travesía marítima, el *Benissa* arriba al puerto de Valencia con más de mil toneladas de peso distribuidas en grandes cajas, que transportaron a Madrid y descargaron en el Cuartel de la Montaña, próximo a la plaza de España. Con cuidado y minuciosidad se fueron desembalando y aparecieron, desmenuzados, los sillares del templo de Debod. No hubo un solo día, mientras era reconstruido, que faltara a la cita un desconocido. Se tiraba las horas muertas contemplando el levantamiento de la construcción. Era tan llamativa su presencia que los obreros le apodaron *El Mirón*. Lo que no sabían los obreros es que los viejos sillares le contaban historias de viejos reyes y le hablaban de sí mismo y de su familia. Los cimientos del templo de Debod se asentarían sobre la misma tierra en la que reposaba su mayor secreto, a buen recaudo de cuantos madrileños y turistas pasaran por allí día tras día, año tras año.